## Las mujeres: ni con ellas ni sin ellas

(extracto de la segunda parte)

Juanjo comenzaba a impacientarse. Era la tercera vez que pulsaba el botón del portero automático, y su mujer seguía sin abrirle la puerta del portal. Sabía ciertamente que ella y los chicos estaban en casa, pues había visto a su hija asomarse fugazmente por el balcón.

«Al final tendré que gritar», se dijo, y era algo que no quería hacer, pues eso enfurecería todavía más a la que había sido su esposa hasta hacía poco.

—¡Toñiiiiii! —chilló por fin, después de un rato, y tras llamar por cuarta vez—. ¡Sé que estás en casa!

En ese momento se oyó la chicharra que indicaba que se abría la puerta, y el hombre la empujó, entrando en el portal. Cuando subió al segundo piso, la mujer le estaba esperando con la puerta semiabierta.

—¿Qué coño quieres? ¿A qué puñetas has venido? —le espetó, nada más verlo.

—Vengo a mi casa, a ver a mis hijos. Qué pensabas, ¿que venía a verte a ti?

Ella le asesinó con la mirada y tras unos instantes dijo:

—Esta ya no es tu casa y tus hijos no están. Márchate por donde has venido.

—Vamos, Toñi, que he visto a Nora asomarse por el balcón…

—Se ha marchado.

—¿Ah sí? ¿A dónde? Esta finca no tiene otra salida, y no me la he cruzado al subir.

—¡Te digo que no está!

—Toñi, quiero ver a mis hijos. Estoy en mi derecho.

—Ya, pero tus hijos no quieren verte a ti.

—¿Marquitos tampoco quiere verme? ¿Se los has preguntado?

De nuevo, cara de circunstancia de la mujer, que no dijo nada, mientras un pequeño de unos tres años aparecía por debajo de la madre. Un niño rubio, como fue el padre antes de quedarse calvo, y con el pelo rizado.

—¡Marquitos! ¡Hijo! —exclamó él.

—Hola, Juanjo —saludó el chico, de forma casual.

—No me llames Juanjo, mi vida. Soy papá —corrigió, agachándose.

—Mamá dice que tú no eres papá. Que papá es el otro.

El padre miró a la madre con resentimiento, pero se abstuvo de discutir. Había venido con ánimo conciliador.

—¿Puedo pasar, o me tengo que conformar con verlo desde aquí?

En ese momento, se oyó claramente que la vecina del rellano se asomaba a la mirilla, y Toñi le abrió la puerta, diciendo:

—Te aprovechas de que no está Carlos, y por eso vienes ahora.

—Vengo cuando puedo —cerró la puerta—. Y que sepas que a mí tu *chorbo* no me da ningún miedo.

—Mamá, ¿qué es un chorbo?

—Calla, Marquitos. No te metas en las conversaciones de los mayores.

—¿Dónde está Héctor? —preguntó Juanjo.

—Y, a ti, ¿qué te importa?

—Es mi hijo, y me importa.

—¿Ahora te importa? ¿Desde cuándo?

—Siempre me ha importado. Y más que a ti.

—Claro, por eso le has hecho lo que le has hecho.

—Mamá, ¿qué le ha hecho Juanjo al *chache*?

—Cállate, Marquitos —repitió Toñi.

—Yo no le he hecho nada, hijo. Siempre he procurado su bienestar.

—No lo quieres —dijo la madre.

—Tú sí que no lo quieres —el hombre intentó no exasperarse demasiado—. ¿No está en casa?

—No —respondió ella, de forma seca.

—Ya, igual que Nora, ¿verdad? No te creas que no sé que la has mandado donde la vecina.

La mujer se quedó mirándolo fijamente sin decir nada, y con los brazos en jarra.

—Juanjo, ¿qué me has traído? —intervino el niño.

—Un camión precioso, hijo. ¡Mira! —el hombre sacó el juguete de una bolsa y se lo entregó al pequeño, que se fue hacia dentro de la casa para jugar con él. El padre intentó seguirlo, pero la madre se le interpuso en el camino.

—Toñi, ¿por qué me haces esto? ¿Qué tienes contra mí? Yo no te he hecho nada... —la miró, con ojos lastimeros—. ¿Qué tiene ese hombre que no tenga yo?

La mujer hizo un gesto de desprecio y sonrió con sarcasmo. A continuación, le espetó:

—En primer lugar, treinta centímetros más de altura. Aunque eso es lo de menos, porque yo tampoco soy muy alta, que digamos. Pero lo importante es que quiere a Héctor más de lo que tú le has querido en toda tu puñetera vida. Con eso ya te ha superado ampliamente.

—Toñi… —se acercó.

—Y además tiene otros "extras" —se alejó a su vez—, que en su caso vienen de serie, y que tú jamás has tenido.

—¿Ah sí? ¿Como cuáles?

—Pues aparte de que quiere un montón a los niños —más que su verdadero padre, por cierto—, es un hombre alegre, atento, divertido, que me hace reír, que me saca a bailar, que está pendiente de mí, que tiene detalles conmigo, que no es un muermo ni un aburrido como lo eres tú...

—Vaya, vaya… ¿Algo más?

La mujer lo miró con total desafección, con una mezcla de odio y sarcasmo.

—Pues, mira, ya que quieres saberlo, pues resulta que me trabaja el coño mejor de lo que tú lo has hecho en toda tu puñetera vida. Porque yo para ti no he sido más que un trozo de carne que además hace la comida. ¡Asqueroso! —estuvo a punto de escupirle.

El hombre se quedó mudo, sin saber qué responder. Ella añadió:

—Ahora vete, que le tengo que dar de mamar.

—¡Qué casualidad! ¿Precisamente ahora? —se irritó.

—Mamá, ¡teta! ¡Teta, teta! —el chiquillo acababa de volver y se entusiasmó al oír que llegaba la hora de la lactancia.

—¿Lo ves? Márchate ya.

—Toñi, esto que haces es un montaje. Ya hace tiempo que el niño no necesita el pecho y…

—¡Márchate ya! ¡Cabrón! —gritó—. ¿Quieres que se enteren los vecinos de lo que me estás haciendo? —miró hacia las paredes.

—Pero... ¿Qué te estoy haciendo, Toñi? —preguntó, con toda la serenidad que pudo.

—¡Márchate! —señaló hacia la puerta. El niño se asustó con los gritos y miraba al padre fijamente, abrazado a la pierna de la madre.

—Qué pena, Toñi. De verdad, ¡qué pena! Si no fuera por los niños, te aseguro que... —No fue capaz de completar la frase. Se volvió y se dispuso a marcharse, lamentando profundamente haberse pasado por allí.

Por el camino se encontró al *chorbo*, que acababa de llegar y salía del ascensor. Era un hombre más alto y más joven que él, «más guapo», pensó. Los dos se miraron con indiferencia, antes de que "papá" introdujera las llaves en la cerradura y abriera la puerta de la casa, la casa del otro.